

LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 260.—1.º de Enero de 1881.

*Dios es caridad, (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

SECCION DE BENEFICENCIA.

EN NOMBRE DE LOS POBRES.

Testamentaria de D.^a M. G. de C.—Hemos distribuido los 50 rs. que recibimos entre pobres que ya habian percibido varias limosnas de tan caritativa señora, y que rezarán con fervor por la que, aun despues de muerta, socorre su miseria.

Su pérdida ha sido un verdadero dolor para nosotros.

A***.—Recibidos y muy agradecidos, como siempre, los 40 rs. para su decena, correspondientes á Diciembre.

D.^a C. D.—Gracias mil por las envolturas y los 8 rs. que nos ha remitido y que servirán de abrigo á dos inocentes que vienen al mundo destinados, al parecer, á sufrir; y de consuelo á sus pobres madres.

D.^a V. M. de P.—Si se ha fijado V. en esta seccion del periódico, y ha notado que ha trascurrido mucho tiempo sin que acusemos recibo de ropas para los pobres, comprenderá la alegría que nos ha causado la remesa de ropa usada que para ellos nos ha remitido. Es V. la suscritora que más se acuerda de abrigarlos. Reciba sus bendiciones.

ÁVILA BENÉFICA.

Esta antigua ciudad es bien poco conocida, como sucede á casi todas las viejas poblaciones de Castilla, que no en vano se llama *vieja* tambien.

¿Quién se ha de ocupar de Avila? ¿Quién piensa en esa pequeña capital de provincia, si allí no hay buen teatro, ni canta la Patti, ni tiene hipódromo, ni Bolsa, ni Gran Hotel, ni esclavos de la moda, ni se gasta el vecindario algunos miles de duros todos los domingos para ir á ver derramar sangre en la plaza de toros? ¿Quién habla de Avila, como no sea para no ir á verla y para exagerar su clima frio, sus áridos peñascales y su atraso de cultura?

Así se expresa la frívola ignorancia de las personas que solo miran la parte superficial de las cosas, sin profundizar ni estudiar el interior. Hoy, pues, sin estímulo de nadie, más que de un espontáneo sentimiento de justicia, queremos decir algo para vindicar á aquella ciudad de la indiferencia y desden con que se la mira generalmente.

La antigua *Abula* parece un monumento histórico, donde se hallan escritas en piedra las proezas de los tiempos legendarios. Allí están sus murallas de la época de Alfonso VI, consideradas como la perfeccion de defensas en aquella época en que los muros se asaltaban por los guerreros espada en mano, en vez de destruirse, como ahora, de lejos con el cañon Krup: allí está su régio alcázar, que guarda triste recuerdo del débil rey Enrique IV, y que fué despues residencia de la célebre Liga de las Comunidades en tiempo del Emperador Carlos V: allí sus iglesias y conventos atestiguan la piedad religiosa de sus habitantes, y su vieja catedral tiene el honroso recuerdo de haber servido de refugio al rey D. Alfonso XI, gracias á la energía del célebre Obispo D. Sancho, que le defendió heroicamente en su menor edad contra los embates de los bandos que le disputaban el trono. No falta á la vieja Avila ni historiador que cuente sus honrosas crónicas, pues tuvo al erudito monje Fr. Luis Arví, ni santo que la ilustre, pues en su recinto nació y vivió D.^a Teresa Sanchez de Cepeda y Ahumada, tan notable como santa y como doctora.

Pero, ¿no hay más en esa ciudad castellana? se preguntará quizás. ¿Es sólo ciudad dormida, sin más vida que la de sus gloriosos recuerdos y sin haber entrado en los progresos civilizadores del espíritu moderno bien entendido?

No; no. Tenemos una satisfaccion en proclamarlo.

Ciudad de solo 9.000 almas, es decir, mucho ménos que muchas poblaciones subalternas de Cataluña y Andalucía, ha despertado en estos últimos años á la vida del trabajo fecundo, del fervor por el bien público y de todas las tendencias generosas, que tienen por objeto el mejorar la situacion material y moral del pueblo.

¡Notable y digna empresa! Parece más propio buscarla y encontrarla en las grandes capitales como Madrid, Barcelona y Valencia; y sin embargo se realiza de un modo sorpren-

dente en la pequeña Avila, demostrando así al mundo cuánto puede hacer el que quiere, si quiere bien, y que no se necesita en España ir á los grandes centros para hallar planteadas instituciones benéficas y moralizadoras, dignas de figurar entre las mejores de su clase.

Allí se fundó hace algunos años una Asociación de Misericordia. Asociarse para el ejercicio de la compasión y de la caridad es un bello pensamiento para el espíritu de asociación.

De esa de Misericordia partió el pensamiento de crear una Caja de Ahorros y un Monte de Piedad, instituciones tan notoriamente útiles y benéficas, y que no tienen, sin embargo, todavía más que 13 de las 49 provincias de España.

Difícil ó imposible parecía que pudieran arraigarse en una tan reducida como Avila. Por eso, sin duda, los iniciadores del pensamiento lo plantearon como ensayo, á plazo fijo de dos años, para ver si la prueba respondía bien á la bondad de la idea y merecía un establecimiento definitivo. Ese plazo ha llegado recientemente: la Junta de gobierno ha dado cuenta al Consejo de la Asociación de lo que ha hecho en esos dos años; y ha hecho tanto y con tan buenos resultados, que el ánimo se deleita al leer el interesante folleto que acaba de publicar, en el cual se detalla con cifras elocuentes la fundación, la infancia y el desarrollo fecundo del Monte y de la Caja, los cuales pasan ya á ser establecimientos permanentes.

Al leer esas páginas consoladoras, se interrumpe uno involuntariamente para exclamar: «¡Y esto sucede en Avila, en la modesta ciudad de 9.000 habitantes!»—Sí; porque hay allí una iniciativa particular tan poderosa como ilustrada; corazones templados al calor de los más generosos impulsos; deseo de trabajar para el bien; constancia en ese trabajo; fé en sus propósitos; esperanza de mejorar la situación de las clases pobres, y ardiente caridad para procurar la realización de esa esperanza.

Quisiéramos tener espacio en nuestra Revista para copiar todo el folleto indicado; no hay en él ni párrafo indiferente ni línea de desperdicio. Al examinarlo, al ver la puntualidad minuciosa con que se detallan las operaciones del Monte y de la Caja; su administración económica y celosa; su propagan-

da activa; las simpatías que atraen, la confianza que inspiran, las necesidades materiales que remedian y las morales que satisfacen, parécenos estar viendo en principio, pero principio vigoroso, esos mismos trabajos que en tan vasta escala nos presentan las memorias anuales del grandioso Monte de Piedad de Madrid y de nuestra Caja de Ahorros de la plaza de las Descalzas, que ha llegado ya á verse en el *deseado conflicto* de no saber qué hacer con tanto dinero como lleva á sus cajas la economía de una parte del pueblo de Madrid, formando contraste con otra entregada á una funesta disipacion. El ilustrado y benemérito Director D. Bráulio Anton Ramirez, ha sacado en Ávila aprovechados discípulos é inteligentes imitadores.

En los dos años del ensayo, en aquella ciudad de solos 9.000 habitantes (no nos cansaremos de llamar la atencion sobre esta cifra), se han interesado en la Caja de Ahorros 579 personas, con un capital de 218.633 reales; y el Monte de Piedad ha socorrido á 2.731 personas, realizando 3.429 empeños y 869 renovaciones, sobre alhajas y ropas, por valor de 317.353 reales.

Estos números son la demostracion más elocuente de la importancia y arraigo de ambos establecimientos. Quinientas setenta personas económicas en una época de tanto despilfarro, y dos mil setecientas socorridas por la mano benéfica del Monte, libertándolas de la destructora del usurero, son grato y honroso timbre de la ciudad castellana, y la mejor recompensa de sus distinguidos patricios.

Pero no es este el único timbre que les recomienda. Ávila ostenta tambien, y puede hacerlo con noble orgullo, el adelanto de ser la primera poblacion de España en donde se han establecido las Cajas escolares, en 6 escuelas de ambos sexos; y no de mera fórmula y apariencia, sino con los resultados positivos de haber conseguido hacer de aquellos niños y niñas, 509 pequeños imponentes, con un capital de 39.461 reales. ¡Dichosos niños, que así aprenden á ser luego económicos en su vida, y llevan á sus familias esa enseñanza del ahorro previsor!

Todo este impulso de mejoras no está detenido: ya no basta el *Monte de Piedad*, la *Caja de Ahorros*, las *Cajas escolares*, la Sociedad de socorros *La Esperanza*, los *Premios á la*

virtud y la *Asociacion de Misericordia*, instituciones todas arraigadas ya allí: se aspira á más; se promueve con buen éxito el establecer *Sucursales* en otros pueblos de la provincia, como Arenas, Arévalo, Cebreros y Piedrahita; y se estudia el planteamiento de un *Banco agrícola*, tan útil en un país agricultor, y esperamos verlo pronto funcionando.

¡Loor y aplauso á las beneméritas personas de Ávila, que así entienden los adelantos de la época moderna, y así reducen á la práctica el sublime cuanto sencillo precepto moral de amar al prójimo y especialmente al prójimo desvalido!

Todas esas personas son dignas de aprecio y de aplauso; todas trabajan bien; fuera sin embargo injusto no hacer especial mencion, aunque pese á su modestia, de D. Tomás Perez y Gonzalez, Presidente del Consejo de Administracion, y principal iniciador de estas empresas.

Si la doctora Santa Teresa, en quien el ardor del corazon igualaba á la elevacion del entendimiento, se levantara del sepulcro, en donde hoy se venera su memoria, quedaria contenta de sus paisanos.

Ávila trae de la época caballeresca el título de *Avila de los Caballeros*, y así se la denomina en el dia. Sin negar que los haya allí ahora muchos y buenos, bien merece que hoy se la llame tambien *Avila de los bienhechores*.

ANTONIO GUEROLA.

OTRO BUEN JEFE DE ESTACION.

En el número correspondiente al dia 15 de Noviembre último, publicamos un artículo titulado *Un Jefe de Estacion*, que ha merecido mencion honrosa por parte de algunos periódicos, lo cual prueba, no el mérito del sencillo escrito, sino la bondad de quien lo lee y su simpatía por el hecho que en él se referia. Damos las gracias á los periódicos que lo han copiado. Por lo demás, el artículo salió á luz con una rara coincidencia: el interesado D. Dámaso Alonso Jimenez acababa de ser separado de su destino, lo cual ignorábamos al escribirlo.

Con motivo, pues, del tal artículo, un amigo nuestro, hombre entusiasta de todo lo bueno, nos ha dado noticia de otro Jefe de Estacion y de otra obra de caridad, en ese mismo ferro-carril del Norte. El hecho fué tan notable, que, al saberlo, un jóven, que posee excelente corazon sin duda, dirigió espontáneamente una solicitud al Gobernador de esta provincia denunciando la accion meritoria y pidiendo que se instruyese sobre ella el oportuno expediente para conceder al interesado el ingreso en la Orden civil de Beneficencia; y en efecto, se está siguiendo ese juicio contradictorio.

Hemos obtenido una copia de la exposicion, y creemos oportuno publicarla, porque en ella se refiere el hecho, y para que sea de todos conocido y apreciado como merece.

FAUSTO.

(Exposicion que se cita).

Excmo. Sr. Gobernador de la provincia.

El que suscribe, con cédula personal núm. 429, expedida por el Jefe económico de la provincia, acude respetuosamente á V. E., movido de un deseo, ageno por completo á todo interés personal; y seguro de que V. E. lo acogerá con satisfaccion, pues ciertamente se complace en que obtengan recompensa moral las acciones generosas y humanitarias.

Una noche del último mes de Abril, pocos momentos despues de haber salido un tren de la estacion de Villalba con direccion al Escorial, el celoso jefe de aquella, D. José Lamela Martinez, oyó débiles quejidos que impresionaron su ánimo; y creyendo deber averiguar el origen de los mismos, se dirigió hácia el sitio de donde parecian nacer, aunque no sin pedir antes el auxilio de la pareja de la Guardia civil, que á la sazón prestaba servicio, con objeto de precaver toda clase de eventualidades.

¡Qué triste y horrible cuadro se presentó á su vista! Una criatura, nacida pocos momentos antes, (tenia desatado aún el cordon umbilical), habia sido colocada por la feroz mano de su propia madre ó de algun vil cómplice, casi sobre los mismos rails por donde habia de pasar el tren, sin duda para

que éste, con su poderoso empuje y natural velocidad, triturase sus tiernos miembros, y de este modo desapareciese todo rastro del infame parricidio. Contrastando con los feroces sentimientos de tan criminal madre, D. José Martínez recogió á la desdichada niña salvándola de una muerte segura por la hemorragia que sufría y por la inclemencia de la atmósfera; y con arranque de generoso corazón y con especial abnegación la abrigó con sus propias ropas, la condujo á su modesta habitación, y *formó el propósito de conservarle la vida*, aún mermando para ello su corto sueldo y reduciendo las necesidades suyas y de su familia.

Necesario fué desde aquel instante la asistencia médica. Inmediatamente despues, la vida de tan infeliz criatura exigió un ama para su alimentacion; y sin reparar en gastos, la proporcionó D. José Lamela Martínez. Más tarde el médico dispuso la lactancia por una cabra y Martínez la adquirió á su costa; todo para arrancar de la muerte aquella débil existencia, abandonada al nacer. Constantemente enferma ó muy delicada, Martínez no solamente ha satisfecho los gastos, sino que, con solícito cariño, le ha consagrado sus desinteresados cuidados y paternales caricias, merced á las cuales aún conserva la vida.

Como V. E. vé, D. José Lamela Martínez, sin reparar en sacrificios de ningun género, se propuso salvar de una muerte segura á la desgraciada niña, á quien por lo extraordinario del suceso dió el nombre de *Milagro*, cuya festividad casualmente celebraba aquel dia la Iglesia. Y en efecto, la salvó.

Accion tan loable y tan excepcional por la abnegación que entraña, aun no ha recibido la menor recompensa. Ni la despiadada madre que preparó la muerte de la criatura ha dado de sí la menor noticia, ni la Compañía de ferro-carriles del Norte ha premiado de modo alguno á un empleado de tan excelentes condiciones morales, acaso por ignorar el hecho. Pero, afortunadamente, el Estado puede hacerlo; y por ello, á V. E. suplico, que si á bien lo tiene, se sirva mandar instruir expediente en forma, para el ingreso en la Orden civil de la Beneficencia de D. José Lamela Martínez, que *ha salvado la vida á la infeliz criatura*, cuya feroz madre procuró que muriese de tan horrible manera como la que he referido.

Así lo espero de la rectitud de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años. Madrid 12 de Octubre de 1880.—*Agustin Re-tortillo y de Leon.*

HISTORIA DE UN OCHAVO MORUNO.

Cierta tarde del mes de Agosto, cuando ya el sol, que declinaba, habia perdido su fuerza, salí yo de Albarracin, por la carretera de Teruel, caballero en una mula como un dromedario, aparejada á usanza de aquella tierra. El amo de la mula, hacendado de la Serranía, contemporáneo y condiscípulo mio en la escuela de nuestro lugar, no solamente puso á mi disposicion su mejor cabalgadura, sino que tomó la parda chaqueta, la echó sobre sus hombros, atravesó su faja azul con una vara de fresno, y se empeñó en servirme de espolique.

La carretera se precipita desde Albarracin en el hondo, dejando los viejos y encumbrados muros á la izquierda y la Peña de la Cingle á la derecha; se arrima despues al rio Guadalaviar, juntos atraviesan la vega y juntos penetran en la garganta de Santa Croche. Por allí entramos tambien nosotros caminando á la par los cinco: Juan y yo abismados en nuestras respectivas imaginaciones, la mula trotando uniformemente detrás de su amo, la carretera retorciéndose como una culebra por no separarse del rio, y el Guadalaviar, cristalino y jugueton, precipitándose con estrépito de pozo en pozo y de risco en risco por las profundidades de la garganta, entre un verdadero bosque de juncias y sangales.

Cruzamos el túnel de Peña Horadada; dejamos atrás el castillo y molino de Santa Croche y vimos un peaton que, con su mochila á las espaldas y su garrote en la mano, venia á nuestro encuentro.

—Gran sitio, amigo Juan, para dar un susto á los caminantes y limpiarlos el bolsillo.

—Eso pronosticábamos todos cuando se echó por aquí la carretera; pero hasta la presente nada ha ocurrido.

—Sois muy honrados los serranos.

—Lo mismo los conoce usted que yo, don Manuel; pero, como yo vivo en la sierra y los trato más, y me parece que no voy descaminado si digo que los serranos no tienen valor para robar en despoblado, pero sí son muy rateros.

—Hombre, no; ni lo uno, ni lo otro: esta gente es muy honrada.

—Sí, señor, todo lo honrada que usted quiera; pero á mí no me dejan fruta en los árboles del huerto, se me llevan también las patatas, los nabos y hasta me han hurtado haces de trigo en la misma era.

—No tiene muy buena facha este hombre que se acerca.

—No haga usted caso. Le daremos una limosna y se marchará más contento que unas Pascuas.

En efecto, al emparejar con nosotros, saludó cortesmente el peatón y pidió una limosna para un jornalero que no *encontraba trabajo*. Le di un real de vellón; sacó Juan el extremo de su faja azul, oculto en la cintura, descorrió la anilla, tomó una peseta y se la entregó también al postulante diciendo:

—Ahí va, buen hombre, y que encuentre usted pronto lo que busca.

—Dios lo pague y aumente la caridad (dijo el trabajador alejándose).

—No lo puedo remediar, don Manuel, cuando veo á un jornalero sin trabajo se me cae el alma á los piés y le daría cuanto llevo encima.

—Tal vez sea un holgazán.

—Es posible; pero yo no quiero ni puedo hacerme esa cuenta. Es terrible encontrarse lleno de salud, reventando de fuerza, con dos brazos y sus manos correspondientes como dos martillos, y muriendo de hambre por no encontrar trabajo.

—Juan, cualquiera que te oyese diría que te había pasado á tí algo parecido.

—Sí, señor; lo ha adivinado usted.

—¿Cómo fué eso, amigo Juan, que nunca me has dicho nada?

—No habrá venido á pelo, que yo ni lo callo, ni lo oculto: antes al contrario, lo cuento muchas veces para enseñanza de mis hijos y ejemplo de los demás.

—Vamos, refiéremelo, que te escucho con interés.

—De esto hace unos catorce ó quince años: yo tenia entonces diez y nueve ó veinte. Como usted sabe, en mi casa hemos sido un monton de hermanos, todos hombres para mayor apuro. La hacienda era poca; las ganas de comer muchas, y durante el invierno no habia en el lugar trabajo para todos. Unos ú otros teníamos que salir *á extremo* (1); y aquel invierno me ocurrió irme con dos más á una carretera que hacian en el Pirineo, allá junto á la raya de Francia. Mi padre me dió treinta reales para el camino, y anda que te andarás, cogimos la carretera de Zaragoza entre las piernas y en cinco jornadas nos plantamos en la santa capilla del Pilar. Me acuerdo que aún la eché dos cuartos de limosna á la Virgen. Volvimos á emprender la marcha, y anda que te andarás, anda que te andarás otra vez, llegamos á Huesca. Desde allí, siempre en los caballitos de San Francisco, con la manta al hombro y un garrote en la mano, subimos á Jaca. En Jaca ya nos dieron malas noticias; pero, ¿quién dijo miedo? A los veinte años tenia yo un pecho como un Neron. Adelante y siempre adelante, subimos al Pirineo, y aquí te quiero ver escopeta: los trabajos estaban paralizados y nos dijeron que no moverian hasta Dios sabe cuándo. De los treinta, me quedaban dos ó tres reales.

—¿Pero, cómo hiciste para que durara tantos dias?

—Muy sencillo: no comiamos más que pan y dormiamos de balde en los pajares. Los apuros empezaron al saber que no habia trabajo. Nos echamos á buscar ocupacion por aquellos montes. ¿Que si quieres? En todas partes sobraban brazos y faltaba dinero. Nos hablaron de un paisano que vivia en aquellos contornos; le buscamos para que nos prestase unos cuartos á fin de volver con ellos á casa; le hallamos al fin, nos convidó á un bodegon y luego tuvimos que pagar su gasto y el nuestro. El pobre estaba aun más perdido que nosotros. Emprendimos la vuelta sin un céntimo. Ninguno queria pedir limosna porque, como no lo habiamos hecho nunca, se nos caia la cara de vergüenza. Le dijimos á un pastor si

(1) Este nombre dan en la Sierra de Albarracin al hecho de marchar en busca de trabajos á la *extremidades* ó confines de la nacion.

nos vendia un pedazo de pan, y el buen hombre se negó á vender, pero abrió su zurrón y partió su merienda con nosotros. Anduvimos otro día con aquel pequeño refuerzo. Pasamos por un lugar é invertimos en lechugas dos cuartos que halló trasconejados en un bolsillo uno de nosotros. Aquello no sirvió más que para avivar el hambre y echar á perder el estómago. Trabajo pedíamos en todas partes: socorros en ninguna. Tres días llevábamos ya de desfallecimiento y angustias, sin haber comido otra cosa más que algunas yerbas y raíces, cuando al pasar por un camino desierto, como esta carretera, vimos venir hácia nosotros un caballero solo y montado también, como va usted, en una mula. A él (dijeron mis compañeros): si no nos socorre lo robamos. Una fogonada de sangre acudió á mi cara. Me volví airado y les dije: robar es cien veces peor que pedir limosna; yo se la pediré por el amor de Dios, y nos dará.

—Muy bien dicho: á honrado y caballeroso no te ha ganado nunca nadie.

—Cumplí con mi deber y nada más. Pues señor, me adelantando, me quito el pañuelo de la cabeza (lo mismo que el que hemos encontrado hace poco), y con toda la humildad del mundo le digo:—Caballero, ¿quiere usted socorrer, por el amor de Dios, á tres trabajadores que hace quince días se encuéntran sin trabajo y sin recursos?

Juan hizo alto para tomar aliento y limpiarse el sudor que le producía, más que el calor, el recuerdo angustioso.

—¿Y te daría lo ménos una peseta?

—Verá usted: echó mano á su bolsillo; sacó una moneda (no la ví bien, pero me pareció que era un cuarto); la miró y remiró con ternura; lo meditó un poco, y para evitar aquel despilfarro, la puso otra vez donde estaba; me arrojó *un ochavo moruno!* y... emprendió la marcha, dejándome en la carretera asombrado y corrido de vergüenza, no por mí, sino por él.

—¿Es posible?

—Pasó lo mismo que lo cuento. Acudieron en seguida los compañeros, creyendo que me había dado lo menos un doblón, y cuando vieron el ochavo quisieron correr á su alcance y arrancarle por fuerza lo que no había querido dar por cari-

dad. Logré disuadirlos, y pocas horas despues la Providencia, que es el gran limosnero, nos proporcionaba trabajo para tres meses en una gran finca de las inmediaciones de Huesca. Aún ahorramos aquel invierno y llevamos á casa una onza cada uno.

—Dios recompensó tu paciencia y humildad.

—Así lo creo, porque no he pasado en mi vida angustia igual á la que sufrí pidiendo limosna. El hambre lo sentia sólo el estómago; pero aquel mal rato lo pasó todo mi sér.

—¿Y qué has hecho del ochavo moruno?

—Lo guardo como oro en paño, y alguna que otra vez lo enseño á mis hijos, para que no se engrían con bienes que nada les han costado y para que no olviden jamás que su padre ha pedido limosna.

M. POLO Y PEIROLON.

Valencia, Diciembre de 1880.

ESCUELA DE APRENDICES.

Cada dia se hace sentir más la necesidad de establecer un sistema de educacion industrial que satisfaga las condiciones que los dueños de fábricas y talleres exigen de los obreros que emplean.

Y sin conceptuarnos pesimistas, creemos que una de las causas más evidentes de la inaccion en que permanecen las industrias nacionales debe atribuirse á la escasez de buenos operarios, que conozcan perfectamente un ramo cualquiera y con los cuales pueda contar desde luego el que piense en plantear una industria de tantas como presentan condiciones fáciles de explotacion.

Muchísimos hombres acaudalados manifiestan en España una inclinacion decidida hácia las especulaciones de este género, considerándolas con buen acierto, como complemento de la agricultura y medio indispensable para su progreso; proporcionando además una ocupacion constante y variada y que influye poderosamente en el desarrollo intelectual de cuantos se ocupan en seguir de cerca las infinitas transforma-

ciones de la materia; enseñanza práctica que entra por los sentidos y vigoriza las fuerzas para continuar en su estudio siempre inagotable.

Pero, ¡cuántos capitalistas é ingenieros no han tenido que abandonar sus buenos propósitos, despues de haber hecho estudios concienzudos del asunto, ante la imposibilidad material de encontrar en el país, capataces y obreros, que, en el acto de montar un establecimiento industrial, sepan cumplir con su cometido!

Y no se nos diga que los obreros pueden traerse del extranjero, como en muchos casos hay necesidad de hacerlo; porque precisamente una de las grandes ventajas con que puede contarse en este país es la baratura de los jornales y las excelentes condiciones de carácter y actitud de nuestra clase jornalera.

Lo único que nos hace falta es educar á esa clase, aun dentro de los límites que hoy alcanza la industria, en sus respectivos oficios.

Hoy vemos todavía que el artesano inteligente, que es maestro en su oficio, reúne alrededor suyo algunos aprendices, que por regla general trata de explotar en provecho propio; pero que careciendo de garantías para asegurar sus servicios por algun tiempo para remunerarse del trabajo de su enseñanza y sabiendo por experiencia que, en cuanto se crean capaces de competir con su maestro, han de convertirse en rivales suyos, no puede imaginarse que se tome gran molestia para iniciarlos en todos los ramos necesarios para el conocimiento de su arte.

Esto, en cuanto se refiere á las pequeñas industrias; pero el actual estado de cosas tiene una limitacion, tanto en la absorcion de aquellos por los grandes capitales con todos los elementos económicos de la maquinaria moderna, cuanto porque, aun dentro de las condiciones en que hoy viven los obradores de construccion y reparacion de objetos menudos de uso comun, la reforma en el sistema de aprendizaje se impone con fuerza irresistible.

Es opinion bien general y fundada que muchas cosas no se fabrican ya como antiguamente, y la estadística comercial nos demuestra tambien que aumenta la depreciacion de

nuestras manufacturas, á medida que se elaboran mejores en otros países.

Es decir, que no sólo permanecemos estacionarios mientras otros avanzan, sino que vamos hácia atrás.

Sin buenos aprendices no tendremos buenos obreros, y sin éstos no habrá buenos ciudadanos.

Aun suponiendo, y es mucho suponer, que se desarrolle la instruccion elemental de primera enseñanza y alcance á todos los jóvenes de 8 á 16 años, resultará que muchos de ellos, al llegar á esa edad, habrán perdido la aficion al trabajo manual y preferirán morir de hambre, de escribientes ó aspirantes á una colocacion del gobierno, que dedicarse al más remunerativo trabajo de sus manos é inteligencia.

Al presente se nota una tendencia funesta á despreciar esas ocupaciones que requieren vestir, durante las horas de trabajo, un traje que pueda mancharse y que no usan los que por eso sólo se dá en llamar personas decentes.

El gusto y aficion á los trabajos manuales debe comenzar en edad muy temprana y en que la flexibilidad de los músculos se presta perfectamente á mantener viva una percepcion finísima, que más tarde se embota por inaccion.

Comprendemos que el problema es difícil de abordar, porque se presenta desde luego este dilema: la escuela en el taller, ó el taller en la escuela.

En Bélgica, Suiza, Alemania, Francia y en Rusia, hay innumerables escuelas técnicas y politécnicas de todas clases, destinadas á enseñar con más ó ménos extension los elementos de ciertas industrias.

En París, por ejemplo, encontramos escuelas como *L'Ecole Communale* y *L'Institution de Saint-Nicolas*, que responden á la idea del taller en la escuela, y *L'Ecole Professionelle* y *L'Ecole Municipale d'apprentis*, que pueden considerarse como la escuela en el taller.

La última citada merece especial mencion por los resultados sorprendentes que ha producido en el corto período de su existencia.

Principió en 1872 con 17 alumnos y hoy cuenta 221.

El curso dura tres años. Baste decir que de 72 muchachos que á fines de 1877 habian terminado su aprendizaje, 69 se

hallan hoy colocados en el oficio que aprendieron en la escuela, ganando de cuatro á seis francos y medio diarios: por consiguiente, una institucion, que recibe jóvenes de 13 ó 14 años y al cabo de tres los convierte en obreros con esos jornales, significa una organizacion que merece un profundo estudio.

El objeto de la escuela es sencillamente hacer buenos obreros. La educacion que ofrece es absolutamente gratuita y áun remunerativa para los alumnos, puesto que reciben todas las semanas una gratificacion que varía de uno á tres francos. Los alumnos se admiten con un ligero exámen de instruccion primaria. Dentro del establecimiento se dedican cinco horas al estudio y seis al trabajo en los talleres.

La enseñanza en las clases, á la vez general y técnica, la mecánica, física, química y tecnología, y con especialidad el dibujo y modelado, ocupan un lugar prominente en el programa de estudios.

Los oficios que actualmente se enseñan son: de forjador, tornero en hierro, ajustador, carpintero, tornero en madera y modelista.

Tambien acaba de montar un taller especial para enseñar la fabricacion de instrumentos de precision.

Durante el primer año el aprendiz pasa sucesivamente por todos los talleres, permaneciendo quince dias en cada uno; de este modo se va familiarizando con todos ellos, llegando á fijarse en el oficio para que se encuentra más apto. El segundo año comienza á trabajar formalmente en el que ha elegido, produciendo objetos que tienen fácil venta y cuyo importe contribuye al sostenimiento de la escuela.

No se crea por esto que se desatiende la parte teórica, ni que se trate de especular con la obra de los aprendices—pues no hay establecida division de trabajo, y como dice muy bien el jefe de la Escuela, más vale desperdiciar material que malograr un buen aprendiz.

Cuando el ayuntamiento de París termine las obras de ensanche que está realizando en los talleres, podrá acomodarse un número mucho mayor de alumnos. El presupuesto anual de gastos asciende á unos 60.000 francos, debiendo rebajarse el importe de los objetos que se venden y los aparatos y má-

quinas que se construyen para el uso del establecimiento y para surtir á otras escuelas municipales.

Análogos resultados están produciendo las escuelas de Lyon y del Havre, y si nuestras diputaciones y ayuntamientos quieren alguna vez ocuparse de este asunto las recomendamos tambien el estudio de las innumerables *Gewerb-schulen* de Alemania, la *Polytécnica* de Zurich, las *Kunst-gewerbschulen* de Munich y Nuremberg, la escuela Pedagógica de Moscou y tantas otras en que pueden inspirarse para promover el progreso intelectual, moral y social de las clases trabajadoras y la prosperidad de la nacion.

FERNANDO ARAMBURU.

LAS PASCUAS.

LA VOZ DE LA CARIDAD acostumbra, en los once años que lleva de existencia, al acercarse estos dias de Pascuas, hacer un llamamiento á las personas compasivas, respecto á lo que estos, dias alegres para la generalidad, tienen de triste y de punzante para los pobres, los enfermos y todos los que sufren penas morales.

La alegría ajena agrava el propio pesar. Esta es condicion de nuestra imperfecta naturaleza. Los que padecen frio, hambre y desamparo forman triste contraste con los venturosos, que en estas largas noches de invierno disfrutan tranquilos y puros goces en el abrigado hogar de la familia, ó goces menos tranquilos, aunque más vehementes, en teatros, festines y bulliciosas reuniones.

Hay un medio fácil de que unos y otros goces sean más provechosos, más intensos y dejen el alma más satisfecha; que les acompañe una buena accion, un consuelo compasivo al abatido, ó un socorro oportuno á alguna familia pobre. ¡Hay tantos que lo necesitan, lo buscan, lo esperan, ó desesperan de encontrarlo!...

Salir al encuentro de esa necesidad, satisfacer esa esperanza ó evitar esa desesperacion, es el mejor modo de celebrar las Pascuas. Así las deseamos á nuestros queridos suscritores.

FAUSTO.
